

CAPÍTULO CUARTO.

ELEMENTOS QUE PRESUPONE, Y DE CUYA CONDICIÓN
DEPENDE EL MÉTODO DIDÁCTICO.

I.

El planteamiento teórico, y la aplicación práctica del Método didáctico, implican la existencia de varios elementos cuya manera de ser influye decisivamente en el resultado de estas dos difícilísimas labores pedagógicas.

La inteligencia del maestro; el conocimiento que él posee é intenta que sea construido por la inteligencia del discípulo; la inteligencia de éste, y el medio de comunicación entre ambas inteligencias: hé aquí factores que tienen valor fundamental para el establecimiento y aplicación del Método didáctico, por lo cual la Metodología general debe investigar la relación que ellos tienen con este esencialísimo elemento de la enseñanza, y señalar las condiciones que deben reunir, para que el Método sea acertado.

II.

La inteligencia de quien enseña.

La inteligencia de quien enseña, y la de quien ha de establecer el Método didáctico, deben ser mucho más vigorosas, que lo necesario para comprender y poseer bien el conocimiento cuyo Método se quiere plantear: deben abarcar más que este conocimiento, en el orden del saber á que él pertenezca.

En el Método, además del valor absoluto de las ideas que se quiere enseñar, hay que tomar en cuenta las relaciones de ellas entre sí, y con el todo científico á que pertenecen, pues no puede nunca perderse de vista que los conocimientos todos deben presentarse al alumno enlazados, aunque él no pueda advertir algunas veces el alcance de este enlace; de modo que las nociones que vaya formando, conforme avanza en su instrucción, representen diseño de aquella organización lógica que, cuando sea mayor el desenvolvimiento intelectual del alumno, debe sistematizar, en su mente, todo el saber adquirido, para que sea elemento poderoso de perfeccionamiento intelectual, y para que la instrucción ocupe el lugar que le corresponde y produzca el fruto que debe producir, en el desarrollo de la totalidad de las facultades del espíritu.

Y una inteligencia que ha de abarcar tantas relaciones externas al conocimiento que se desea enseñar, y que ha de abrazar todo el campo que se extiende alrededor del punto objeto del Método, en todas direcciones, precisa ser superior á este objeto, dominar con su vista intelectual horizontes mucho más amplics que los que ilumina, con su luz, el conocimiento particular cuyo Método didáctico se discute y procura establecer.

Por otra parte, el entendimiento del educador ó el del pedagogo, no solamente ha de poseer aquello que debe enseñar, sinó que precisa iluminar el objeto y su noción, para poder ofrecerlos al discípulo con la mayor lucidez posible.

La superioridad intelectual del metodologista se tendrá por más necesaria, si se advierte lo que significa el segundo de los elementos que, según he dicho, implica el Método didáctico, del cual me ocupo á continuación.

III.

El conocimiento que se enseña.

A. Cómo debe conocer el educador aquello que ha de enseñar.

Merece particular estudio la cuestión de cómo ha de ser el conocimiento que el maestro debe

tener de aquello que pretende enseñar, ó cuyo Método didáctico va á establecer.

La importancia de esta particularidad se advertirá, observando que no basta saber bien una cosa, según esto suele entenderse, para poder sugerir fácil y claramente á otro el conocimiento de ella; lo cual depende de la manera cómo la conoce el educador. Para saber una cosa, según es necesario para el uso ordinario que de ella pueda hacerse, basta el conocimiento simple, directo de ella. Mas, para poder enseñar acertadamente á otro nuestro conocimiento, es menester que éste sea reflexivo; que haya, no solo el conocimiento de la realidad, sinó el conocimiento de este conocimiento. Me explicaré.

Hay que saber qué ideas entran en nuestra noticia ó concepto; cómo se combinan estas ideas, qué lazos las unen para que, reunidas, constituyan el conocimiento completo que poseemos. Es necesario investigar de qué fuentes provienen, y por medio de qué órganos intelectuales llegaron á nuestra mente los datos que integran el conocimiento que tenemos, y deseamos hacer adquirir al discípulo. Es preciso examinar si las vías, en cada caso seguidas por nuestro espíritu, fueron las más naturales, para hacer luego seguir á la inteligencia del alumno el orden mejor, y disponer el Método didáctico en forma correspondiente á la naturaleza de cada género de conocimientos. Solo, en fin, analizando el pedagogo su propio

conocimiento, reflexionando sobre él detenidamente, podrá establecer, con acierto, el mejor Método para enseñarlo.

Este conocimiento reflexivo es difícilísimo, y son bien pocos quienes conocen, en esta forma, ni aun los primeros elementos de las ciencias: pero sin él, es muy aventurado intentar el establecimiento del Método. He aquí la causa, acaso principal, de que carezcamos hoy de una Metodología didáctica aplicada, particular y especial, en todas las materias de enseñanza, clara, razonada y detalladamente expuesta; apesar de los adelantos realizados en otras ramas de la Pedagogía.

B. Valor diferente del conocimiento de unas mismas cosas, para el maestro y para el niño.

Los conocimientos son idénticos en todas las inteligencias, y, sin embargo, tienen diferente valor, según la condición intelectual de quien los posee. Se comprenderá la concordancia de estas dos afirmaciones, que podrían parecer contradictorias, si se tiene presente la siguiente doctrina.

La esencia de cada conocimiento está en la verdad que en sí mismo ha de contener; y su valor, en la aplicación que de él haga el espíritu, para la construcción y elaboración de conocimientos nuevos, para la elevación de la inteligencia á superiores verdades, y, en fin, para la satisfacción de las necesidades todas de la vida.

Hay, además, entre la instrucción y el desenvolvimiento de la actividad intelectual, un círculo

de influencias recíprocas. La adquisición de nociones y conceptos, al ejercitar las diferentes formas de esta actividad, promueve el desarrollo de la inteligencia, la cual, al adquirir mayor energía, proyecta luz más viva sobre el conjunto de nuestros conocimientos, y advierte, entre ellos, relaciones nuevas, cada vez más delicadas y en superior esfera intelectual.

Por esto es tan frecuente que, en la vida del espíritu, las nociones y conceptos que éste posee, tomen nuevo valor y sentido, á medida que él adquiere superiores fuerzas intelectuales.

El maestro pues, si su inteligencia es más vigorosa que la del alumno, dará á los conocimientos valor y sentido que no tendrán para este último, cuando acaba aún de adquirirlos; por lo cual no podrá hacer de ellos, desde el primer momento en que los posee, y por sí solo, las mismas aplicaciones, ni percibir todas las relaciones, como el educador lo hace; pues ello es obra de posteriores desenvolvimientos intelectuales.

Se notará mejor la verdad de esta doctrina, advirtiéndose que no es raro, cuando la inteligencia de quien aprende es superior á la de quien enseña, que el discípulo vea en las cosas lo que el maestro no ha logrado ver.

La superioridad intelectual consiste en la perspicacia de notar, en los hechos y objetos, lo que á otros pasa inadvertido.

El conocimiento enseñado aparecerá, pues, en la mente del niño, como es en la del educador, si este ha sabido seguir el Método y emplear las formas adecuadas al objeto que se proponía. Pero entre ambos conocimientos habrá siempre la diferencia que proviene de la superioridad intelectual del maestro, cuya instrucción es, ó debe ser, más amplia que lo requerido para la posesión del conocimiento objeto de enseñanza.

IV.

La inteligencia del discípulo.

La condición intelectual de quien aprende, aunque no afecte directamente á la esencia del Método didáctico, determinada por la dependencia necesaria de los elementos del conocimiento entre sí, aunque no modifique el orden en que debe el camino ser recorrido, influye en la facilidad y rapidez de la marcha, y es dato con el cual tiene el educacionista que contar, desde el comienzo de su investigación metodológica.

Cuando se aspira á que el alumno llegue á adquirir algún conocimiento, es preciso saber si su inteligencia tendrá vigor suficiente para construirlo; y este problema ofrece dos aspectos.

Como todo conocimiento requiere cierto desarrollo de alguna forma de la actividad intelectual,

es preciso saber si se han desenvuelto suficientemente en el niño aquellas formas de actividad cuyo ejercicio es necesario para la formación del conocimiento que se trata de enseñarle.

Y como hay conocimientos cuya formación requiere la preexistencia de otros, es también indispensable averiguar si el niño posee estos conocimientos previos; si es que hay algunos que deban servir, sea de fundamento, sea de primera materia, al que es objeto de la enseñanza.

Si el alumno carece de nociones ó conceptos que deban preexistir al conocimiento que se va á enseñarle, es necesario que ellos lleguen á ser posesión de su espíritu, antes de dar principio á esta enseñanza. Si no tiene su entendimiento el desarrollo necesario para que tal labor didáctica pueda ser emprendida con garantía de favorable éxito, no queda otro recurso que esperar á que lo adquiera, y poner en acción los medios necesarios para conseguirlo. Obrar en otra forma, según generalmente se hace, es perder el tiempo y el trabajo, en una labor que producirá indefectiblemente resultados contrarios á los fines que se propone la educación científica.

V.

*Medio de comunicación entre la inteligencia del educador
y la del educando.*

Sin que la enseñanza sea simple trasmisión de ideas, es indudable que exige comunicación entre la inteligencia de quien enseña y la de quien aprende. El educador se propone, al enseñar, que ciertos conocimientos que él posee, lleguen á la conciencia del niño; para lograr lo cual, es necesario que, por la inteligencia de éste, se produzcan varios fenómenos que no se realizarán sin que el maestro ejerza en ella, directa ó indirectamente, alguna acción.

Es preciso, pues, que exista algún medio de comunicación entre el profesor y el niño; medio del cual pueda aquél servirse para procurar que, en el espíritu de éste nazcan ciertas ideas ó conceptos. Tal instrumento de comunicación entre las inteligencias del educador y del educando, es la FORMA DIDÁCTICA, lo que suele llamarse forma de enseñanza.

No voy á presentar aquí un estudio detenido de las Formas didácticas, las cuales, si bien enlazadas muy estrechamente con el Método, son, en teoría, independientes de él, y su análisis constituye por sí solo una interesantísima rama pedagó-

gica. Pero diré acerca de ellas dos palabras, ya que tan gran valor tienen, para la realización práctica del Método.

Los conocimientos que se intente hacer aprender al niño, ó comprenderán ideas y conceptos que él no posee aún, ó serán combinaciones, síntesis, ó abstracciones ó generalizaciones de ideas y conceptos por él ya adquiridos. Cuando son de esta última clase, y el niño ha unido los elementos que entran en tal conocimiento que se quiere enseñar, á un signo determinado, por el lenguaje, el profesor puede valerse de este medio de comunicación, de la palabra, para mover el pensamiento del discípulo, y provocar en su entendimiento las operaciones necesarias para que llegue al nuevo conocimiento. Pero cuando se trata de la enseñanza de ideas no percibidas, en forma alguna, anteriormente por el niño, no puede dicho recurso ser utilizado; las palabras nada valen; la forma oral es inadecuada, no sirve; y no hay otro medio de hacerle construir conocimientos de esta clase, si no es el de procurar la relación directa del espíritu con los objetos á que ellos se refieran, para que se produzca la relación subjetivo-objetiva intelectual del alma con la realidad, que constituye el conocimiento humano.

En el primer caso, cuando se utiliza el lenguaje, y como generalmente este es oral, se emplea la Forma didáctica llamada *oral*; y en el segundo, cuando se procura la relación directa

del espíritu con la realidad, se usa la Forma *intuitiva*.

La Forma oral y la intuitiva son las únicas en que se puede lograr que el discípulo aprenda.

Gabriel Calzada,
Profesor de Instrucción Primaria Elemental.

CAPÍTULO QUINTO.

PUNTO DE PARTIDA DEL MÉTODO DIDÁCTICO.

I.

Diversos aspectos de esta cuestión.

Al intentar la enseñanza de conocimientos en que entran varias ideas y conceptos, se ofrece la cuestión del *punto de partida* del Método, porque necesariamente hay que comenzar por alguno ó algunos de estos conceptos é ideas, elementos integrantes del conocimiento.

¿Qué ideas son las que primeramente deben de enseñarse? ¿Por dónde ha de empezar la enseñanza de un asunto ú objeto cualquiera?

Esta cuestión es inevitable, se plantea y se resuelve por el maestro, reflexiva ó irreflexivamente, siempre que principia, en algún aspecto, la enseñanza.

El problema del punto de partida del Método didáctico ofrece caracteres diferentes, según que el orden en la enseñanza abarque todos los co-